LA CASTIDAD, UNA CUESTIÓN DEL CORAZÓN



(azucenas, lirios y anillo que simbolizan la castidad)

INDICE 1)Definir la vida de castidad

- 2) La vida espiritual
- 3) Una nueva visión de la vida espiritual
 - 4)Definir la sexualidad
 - 5) Vida espiritual y castidad
 - 6)Despertar
 - 7) Desarrollo espiritual
 - 8)Alegría
 - 9)Otras ayudas
 - 10)Compasión y sexualidad
 - 11)Conclusión

- 12) Castidad y jóvenes
- 13) Diez razones para vivir la castidad
 - 14)Consejos para vivir la castidad
 - -----

Alguna gente dice: Todo me está permitido. De acuerdo, pero no todo conviene. El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor y el Señor para el cuerpo.¿ No sabéis que vuestros cuerpos

son miembros de Cristo?. Y ¿ voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta?...El fornicario peca contra su propio cuerpo.(San Pablo)

- ¿ No es duro san Pablo al hablar así del cuerpo?
- No. El habla del respeto que se debe tener al cuerpo. Todo nuestro ser es una morada de Dios por la consagración que recibimos en el bautismo.
 - Pero, ¿ hay alguien que aguante sin el sexo?
 - Por supuesto. Hay un grupo que han elegido la castidad como estado de vida. Es lo raro.
 - ¿Y los otros, qué?
 - El cuerpo ha sido creado por Dios para la manifestación del amor entre dos personas que han formado una familia. El acto sexual es tan bello como el banquete de la mejor comida.
- Dios no condena el sexo. Dios no admite que se use el sexo de forma incontrolada y animal. Se debe respetar y tener sus riendas bien cogidas.

Todo desorden sexual no acarrea nada bueno para la salud. El sexo tiene un radar: el amor y la recta conciencia. La fe ayuda mucho a tener una concepción del sexo como criatura de Dios y no como un simple desahogo material y placentero.

¿ Mantienes a raya tus impulsos sexuales?

ORACIÓN DEL MAESTRO: Padre celestial, hoy te ruego por mis discípulos. Ayúdales a que sepan llevar un estado de vida consagrado a nuestro entero servicio. Viven y vivirán en un mundo paganizado; en un sociedad que hace del sexo el centro de conversaciones, de miradas y de actos que desdicen de su condición de personas y, si son creyentes, de poca fe ante la tentación. Padre, i démosles nuestra ayuda divina!

FELIPE SANTOS, SDB

Os quedaréis quizá extrañados al saber que algunas personas, entre las más equilibradas sexualmente que conozca, ¿llevan una vida de castidad en el status de celibato? En efecto, si pasáis un instante con alguna de ellas, os quedaréis con esta impresión: he aquí una persona que es intensamente espiritual y profundamente humana a la vez.

Por eso no me gusta la "mala prensa" que hoy trata este tema. Cuando los jóvenes hablan de la castidad y la presentan como una explicación posible de la penuria de vocaciones sacerdotales o religiosas, pienso en los hombres y mujeres a las que he hecho alusión y no veo esta relación.

Ciertamente, las informaciones dolorosas difundidas estos últimos tiempos sobre el abuso de menores y otros escándalos sexuales en los que se implican sacerdotes, religiosos y religiosas pueden invitar a preguntarse si la castidad conduce inexorablemente a la atrofia del desarrollo emocional y psíquico. Pero conozco a muchas personas que han optado por el celibato y desmienten con su vida este razonamiento.

La idea de que la castidad tiene mucho que ver con la crisis actual de vocaciones, o es un factor que tiene influencias en la conducta sexual desordenada de eclesiásticos y religiosos, ha creado un clima de opiniones que habría que calificar al menos de parciales. Así, muchos piensan que la sexualidad debería constituir en este momento una preocupación de primer plano para la gente de Iglesia.

Sencillamente, eso no es verdad. Como el resto de los mortales, los sacerdotes y religiosos de ambos sexos necesitan una formación continua y adecuada sobre la sexualidad humana. Pero nuestra constante y primera preocupación es la vida espiritual, y no solamente la sexualidad, ¿y por qué por tanto? La razón es que podemos aprender todo lo que hay que saber sobre la sexualidad humana, pero si no encontramos la manera de interiorizar lo que significa ser una persona espiritual, nos encontraremos de forma permanente mal con nuestro celibato.

Me propongo tres objetivos al escribir estas páginas. Ante todo, ofrecer una definición de la vida de castidad. En segundo lugar, recordar el papel fundamental de la figura de Jesús en toda reflexión que se haga sobre esta materia. Y en tercer lugar, poner en evidencia que el celibato, bien asumido, supone un giro auténtico del corazón. Dicho esto, comencemos.

DEFINIR LA VIDA DE CASTIDAD

¿Cómo podemos describir de modo adecuado la castidad vivida en el celibato? Une manera, que no es quizá la mejor pero una de las más honestas, es afirmar que se trata simplemente de una cuestión del corazón. Nadie quiere vivir sin amor. Por eso si la vida de castidad no lleva a los que la han elegido a una más grande unión con Dios y con los demás, ¿quién va a ser el loco que la abrace? Por tanto, la castidad es, de todas maneras, una cuestión del corazón.

En toda vida de castidad hay cuatro dimensiones o características. La primera y la más evidente es la búsqueda y el desarrollo de maneras de amar no sexuales.

Si nos encontramos con una persona, hombre o mujer, que proclama que vive en la castidad, y luego nos dice que mantiene una vida sexual activa, ¿cómo no vamos a sentirnos perplejos?

Por desgracia, la intimidad y la sexualidad se han puesto exclusivamente en el mismo plano que la relación sexual. Pero ahora, sabemos todos que estos términos tienen una significación mucho más rica y compleja y se asocian a contenidos simbólicos y a orientaciones psicológicas y culturales. La sexualidad está en relación con el conocimiento de sí mismo y la manera de situarse en este mundo como hombre o mujer. Incluye actitudes personales ante su propio cuerpo y el de los demás, y las características que constituyen como masculino o femenino en un determinado contexto cultural, así como la orientación afectiva hacia el mismo sexo y el sexo opuesto.

La persona que elige la vida de castidad pone el acento, sobre todo, en la búsqueda y el desarrollo de las formas de amar, no en la actividad sexual o su ausencia. Vivir un celibato exento de amor es contradictorio, como es contradictorio pretender que la relación sexual y la castidad sean compatibles.¹

La segunda característica de la castidad es que la elección de esta vida debe corresponder a una llamada que cada uno o cada una siente en su vida, así como una llamada al apostolado. Quizá se puede comprender mejor esto preguntándonos: ¿podré vivir esta elección de la castidad todo el resto de mi vida? Pensemos un momento en la paz que siente un hombre o una mujer que ha hecho una buena elección de pareja.

Muchos hombres y mujeres que han elegido el celibato hacen esta misma experiencia, y no se ven viviendo otro tipo de vida, porque tendrían la impresión de estar en la piel de otra persona.

Una tercera característica de las personas que viven su sexualidad en el celibato, es su elección de no casarse. Es una actitud que parece hoy más superada que ayer. Nuestra sociedad contemporánea refuerza la idea de vida en pareja. Si no estás seguro (a) de eso, observa lo que pasa cuando los jóvenes se ponen novios de manera formal. A partir de ese momento, la gente de su ambiente deja de verlos como individuos separados y comienzan a pensar en ellos como pareja. En una sociedad que refuerza y valora la vida en pareja, los que han optado por el celibato, son vistos como diferentes del resto de los mortales.

Pero la cuarta dimensión que marca la vida de castidad, es la de la vida espiritual. Ella es, sin duda, la más importante de todas. Por consiguiente reflexionaremos sobre la vida espiritual y en su papel esencial para el celibato. Ante todo, dos cosas deben estar claras: la castidad, para vivirse bien, debe estar enraizada

profundamente en la vida espiritual. Y después, si la fe y la relación con Dios no están en el centro de mi vida de castidad, ésta terminará por no tener ya sentido para mí o para cualquiera que se halle en la misma circunstancia.

LA VIDA ESPIRITUAL

Suponiendo que estamos de acuerdo sobre el hecho de que la vida espiritual es el fundamento de toda vida de castidad, antes de ir más lejos hay que ponerse de acuerdo sobre el significado de este término, intentando comprender los múltiples elementos que contiene. El teólogo Ronald Rolheiser nos da una nueva visión de la vida espiritual cuando afirma que ésta tiene más que ver con el fuego inextinguible que arde en cada uno de nosotros, que con las prácticas de piedad. Según él, el desarrollo de la vida espiritual es, ante todo, un proceso a partir del cual regulamos de modo positivo la energía interior, la llamamos: pasión, que circula a través de nosotros.²

¿Qué puede darnos el valor de emprender esta tarea? La experiencia real que el hambre y la sed de Dios que sentimos sean más fuertes que nuestro egoísmo y nuestro deseo de poseer.³

A menudo pensamos que llevamos en nosotros una pasión bastante fuerte para dos o tres vidas que tuviéramos. Y no dudamos en admitir que esta fuerza conductora, que está sub-yacente en la profundidad de nuestra experiencia humana, es la

fuente del amor, la creatividad y la esperanza que ofrecemos a la vida. Pero la pasión tiene más de una cara. Frecuentemente, aparece bajo forma de inquietud o de deseo irreprehensible, y la definimos como hambre, fuego inextinguible, o naturaleza indomable. Esta cara de la pasión nos deja inquietos, insatisfechos y frustrados. Y, en medio de toda esta inquietud, ¿qué es la vida espiritual? Es lo que hacemos con un corazón apasionado.

UNA NUEVA VISIÓN DE LA VIDA ESPIRITUAL

Seguramente esta visión de la vida espiritual no es la que se nos ha enseñado a la mayoría de nosotros, cuando éramos jóvenes e incluso adultos, no es el programa en la formación en los seminarios. Hemos hecho una salida falsa, puesto que se nos hacía creer que, para ser agradables a los ojos de Dios, debíamos subir por la escala dura de las virtudes. Pero toda relación con Jesús viene siempre de su iniciativa, y no de la nuestra. Los santos y los místicos de la historia de la Iglesia han terminado por aceptar el gran amor que Jesús tiene por cada uno de nosotros, personalmente. Teresa de Ávila, por ejemplo, decía a menudo que, cuando le faltaban las palabras en la oración, se quedaba más tiempo en la capilla, en presencia del Santísimo, de modo que el Señor pudiera mirarla con amor. Al contrario, nos parece que nos cuesta más que a ella creer que Dios nos ama de modo incondicional.

Por consiguiente, debemos abrirnos a la evidencia de que el deseo y la aspiración, que llamamos pasión, representan un papel primordial en nuestra vida espiritual. Pero el poder de la pasión es ambicioso y amplio. Aparece también en otros aspectos de nuestra vida en la que hay un va y viene de emociones fuertes. Por ejemplo, desde que experimentamos aburrimiento o rabia, la pasión está ahí. La misma cosa ocurre en los momentos de tristeza profunda o de alegría exaltante. ¿En qué puede ser extraño que la pasión ocupe un lugar significativo en nuestra vida sexual? Una vez más hay que decir que la vida espiritual y la sexualidad están estrechamente unidas.

Rolheiser va todavía más lejos e insiste en el hecho de que la sexualidad, el más poderoso y peligroso de los fuegos que arden en nuestro interior, está en la base de toda vida que podamos llamar espiritual.

DEFINIR LA SEXUALIDAD

Pero, una vez más, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de sexualidad? Como ya lo hemos dicho, a algo más que a una relación sexual. La raíz latina « secare » significa cortar o separar del conjunto. ¿No es nuestra experiencia personal? Desde que somos niños nos sentimos incompletos y solos, y aspiramos a un cierto vínculo de unión. Ya antes del despertar sexual que viene con la pubertad, nos acercamos a los demás en busca de amistad.

Al igual que en la vida espiritual, la sexualidad presenta también más de una cara. Lo mismo que nos da entusiasmo para vivir y pone un toque romántico en una relación, esta misma energía puede llevarnos a una conducta autodestructora que nos hace menos humanos. En los momentos en los que

perdemos el equilibrio interior, la sexualidad contribuye a hacer perder el control de las cosas.

¿Hay un medio para canalizar nuestra aspiración y nuestro deseo sexual de manera creativa, un medio que pueda alejarnos de la conducta autodestructora y llevarnos a la unión con Dios y los demás? Hay varios: una disciplina personal, una justa valoración de sí mismo, la capacidad de afrontar la soledad y el sentido del humor. Estos elementos son esenciales para llevar una vida de castidad fructuosa.

Desde hace siglos, los maestros espirituales han recomendado estas mismas herramientas a los hombres y a las mujeres interesados seriamente en su crecimiento espiritual. Y es lógico que así sea. A fin de cuentas, nuestro grado de integración del cuerpo, del espíritu y del alma depende en gran medida de la disciplina y de los hábitos que hayamos adquirido para avanzar en nuestra vida. La calidad de nuestra relación con Dios, con los otros y el mundo y con nosotros mismos depende de estas elecciones.

Entonces, ¿qué desafío nos manifiestan la sexualidad y la vida espiritual? Éste: familiarizarnos con la pasión que está en nosotros, y aceptar el hecho de que somos incompletos. Aunque una cierta cultura ambiental nos haga pensar lo contrario, no podemos tener todo. Por eso, debemos aprender a vivir en una cierta tensión nuestra vida espiritual y nuestra vida sexual. Tenía razón san Agustín cuando decía que en este mundo no podemos responder de manera satisfactoria a este dilema fundamental de la fe: ¿dónde y en quién depositar nuestro corazón? Nuestra alma está sin descanso hasta que descanse en Dios.

VIDA ESPIRITUAL Y CASTIDAD

Si la sexualidad se encuentra en el fondo de nuestra vida espiritual, igualmente la vida espiritual está en el corazón de una auténtica vida de castidad.⁴ Como lo dije antes, si no encontramos la manera de asumir la identidad propia de una persona espiritual, nos sentiremos siempre mal con el celibato.

Para estar a gusto con nuestra elección de la castidad, ante todo debemos preguntarnos lo que significa ser una persona espiritual, y lo que hace falta para conseguirlo. De entrada, debemos aceptar el hecho de que Jesús es la respuesta a la gran cuestión que afecta a la vida humana. Por consiguiente, mi relación con él debe continuar siendo el centro de mi vida. Y eso significa que debo reservar tiempo para cultivar esta relación, y dejar a Jesús que se muestre tal cual es. La relación sana favorece la libertad de los interesados (as). Mi relación con Jesús debe ser parecida.

Thomas Green, jesuita, emplea la imagen de un pozo para explicar este último punto.⁶ Compara la gracia sosegada que sube de nuestra relación con Jesús al agua que hay en el pozo.

En los inicios de esta relación, somos jóvenes y fuertes y podemos fácilmente sacar agua del pozo con nuestras manos. Tenemos a nuestra disposición la abundante gracia de Dios que necesitamos o queremos. Pero, de hecho, somos nosotros los que mandamos, no Jesús.

Con el paso del tiempo, el nivel del agua en el pozo comienza a bajar. Pero todavía somos bastante vigorosos para seguir echando el cubo al interior y sacar el agua de la consolación de Dios que deseamos. Pero seguimos controlando la situación. Dejamos a Jesús a una cierta distancia. Finalmente, el pozo que antes desbordaba termina por secarse. De ahora en adelante, no somos ya ni jóvenes ni fuertes. Nos falta la autosuficiencia de los primeros tiempos. Entonces nos preguntamos: ¿qué hago ahora para obtener la gracia apacible de Dios? Una respuesta honesta es ésta: nada, siéntate y aguarda que llueva.

Cuando lleguemos a este punto en nuestra vida espiritual, como llegaron tantos fundadores, estamos en las mejores condiciones de permitir a Jesús que sea nuestro compañero en una relación de igualdad. Le dejamos libre para que nos ame a su conveniencia. ¿Y cómo sabemos que avanzamos en esta dirección? Cuando, como Teresa de Jesús, aspiramos solamente a una simple y silenciosa presencia delante de Dios. Nada más y nada menos.

La segunda característica de una persona espiritual se desprende de la primera: aceptamos el hecho de que Jesús no ame de una manera especial y única. Desde el inicio de los tiempos, Dios nos ha precedido en esta relación, siendo Jesús el ejemplo más claro de esta iniciativa. Cada una de las amistades que tenemos se desarrolla de manera diferente y única. Lo mismo para Jesús. Nuestra relación personal con él y su manera de desarrollarse son una experiencia única, no existen duplicados. La vida espiritual de cada uno se mide por esta realidad.

A lo largo de la vida nos han recomendado, para avanzar en la vida espiritual, fórmulas y planes de acción que garanticen el éxito, pero que, es triste decirlo, no permiten integrar esta relación individual que tenemos con Jesús. En lugar de contribuir a reforzar esta relación, la estropean.

DESPERTAR

Para ser una persona espiritual, en tercer lugar, es necesario que estemos abiertos a los momentos del despertar espiritual que aparecen a lo largo de nuestra vida, estando atentos a las inquietudes y deseos que nos vienen entonces. Durante los años de la adolescencia, asistimos a un despertar sexual, caracterizado por la vehemencia, el deseo sexual e impulsiones profundas.

Los momentos del despertar espiritual son semejantes. Nuestra vida espiritual es estimulada y nace una aspiración a Dios. Esto puede llegar de una manera repentina, como ocurre en las experiencias de conversión, aunque sucede de forma progresiva. Cuando llega, nos damos cuenta de que, con el tiempo, nuestro deseo de Dios comienza a crecer. Finalmente, como personas espirituales debemos aceptar que el amor de Dios se nos concede gratuitamente, sin condiciones. No es necesario acumular méritos para lograrlo. Podemos decir "sí o no" a esta invitación de amor, pero la idea de deber alcanzarla está fuera de propósito. A mucha gente le cuesta admitir esto. ¿

Por qué? En parte, porque estamos llenos de confusión ante este amor ilimitado de Dios.

DESARROLLO ESPIRITUAL

Comprometerse con el Señor en los términos que él quiere tiene un coste. Al fin de cuentas, lo que nos pide es que le sigamos, no que le admiremos, eso significa a abrazar el misterio pascual. Si buscamos nuestra transformación, debemos ante todo aprender a aceptar el sufrimiento y la muerte.

¿Cómo se desarrolla la relación con Jesús, y de qué tenemos necesidad para mantenerla? Para comenzar digamos que, a lo largo de los siglos, los autores espirituales han insistido en el hecho de que los tiempos personales de oración tienen un papel esencial en el encuentro con el Señor. Y para fortalecer el vínculo con él, nuestros tiempos de oración personal deben aumentarse de manera natural, hasta que sean regulares y prolongados. ¿Qué significa «regulares y prolongados»? Lo ideal, una hora diaria.

Gozamos de la compañía de Jesús 24 horas al día, siete días ala semana. Si somos honestos en nuestra relación con él, desearemos hacer algo parecido haciéndole gozar de nuestra compañía al menos una hora al día. Las personas que se toman su vida espiritual en serio manifiestan siempre esta delicadeza diaria, con la coherencia de una integridad moral.

Es posible que, sacerdotes diocesanos o miembros de congregaciones apostólicas, seamos un poco reticentes para

aceptar la idea de encontrar una hora diaria para la oración personal en una jornada ya muy ocupada. Nos defendemos diciendo que eso les corresponde a los y a las de vida contemplativa.

La agitación que marca hoy la vida de muchos religiosos y sacerdotes es una seria amenaza para la vida interior. ¿ Por qué? Porque en el fondo de este tipo de desequilibrio hay tres elementos que son obstáculo para el camino del espíritu, a saber el narcisismo, el pragmatismo y al activismo desbordante.⁷

Las personas narcisistas se preocupan excesivamente de sí mismas. En toda vida espiritual existe el riesgo de llevarla como un asunto exageradamente privado, algo como un culto « auto indulgente », « Jesús y yo », pero el narcisismo de las personas excesivamente ocupadas está en el origen del problema contrario, es decir, de una falta de interioridad suficiente para mantener un grado significativo de intimidad con el Señor.

El pragmatismo es el segundo enemigo de la vida interior. Los pragmáticos están altamente preocupados por la eficacia, están centrados casi exclusivamente en el trabajo, la realización y las cuestiones eminentemente prácticas de la vida.

El activismo desbordante es el otro enemigo de nuestra vida espiritual. Los que sufren de esta enfermedad buscan una experiencia después de la otra con voracidad. Neil Postman llama este estado de cosas «ocuparse en morir».⁸ Por

desgracia, la ocupación sin freno introduce en nuestras vidas un nivel de distracción que interfiere con nuestra capacidad de desarrollar el necesario espíritu de soledad, la hospitalidad y la oración auténtica.

ALEGRÍA

Al contrario, en los que rezan con regularidad se manifiestan kos frutos y los dones del Espíritu Santo. Los frutos son la alegría, la caridad, la paciencia, la mansedumbre, la fe y el respeto de sí mismo y de los demás.

Y los dones son la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la ciencia, la piedad, la fuerza y el temor de Dios. Considerando nuestras propias vidas de hoy, haremos bien en preguntarnos: ¿están presentes en mí los dones y frutos del Espíritu? ¿Nos faltan? Si nos faltan, deberemos seriamente examinarnos sobre la relación que tenemos con Jesús. Y lo que es más importante, debemos decidir qué aspectos de nuestras vidas deben cambiar para ponernos de acuerdo con nuestro compromiso público.

Nuestra vida cristiana consiste esencialmente en desarrollar una relación con Jesús. Esta relación es el remedio a nuestra indecisión. Y es también el fundamento sobre el cual debemos construir nuestra vida de castidad.

OTRAS AYUDAS

Además de acoger en el corazón el misterio pascual, y con los auxilios paralelos de la oración personal y de una moralidad íntegra y coherente, ¿qué otras prácticas indicaba Jesús para

tener una vida espiritual sana? Tres me vienen a la mente: la pasión por la justicia, el espíritu de reconocimiento y un compromiso concreto en el seno de una comunidad de fe.

Lo dice el Señor en los dos mandamientos fundamentales: amar a Dios y al prójimo. Y más tarde añade que seremos juzgados por nuestra actitud con los pobres :será la medida precisa de nuestra actitud con el Señor.

Tener un corazón agradecido es otro elemento importante de la vida espiritual. Podemos afirmar que ser santo es estar impregnado de gratitud. Lo que nos lleva a pensar que solamente las personas agradecidas serán capaces transformar este mundo espiritualmente. La parábola del hijo pródigo nos ayuda a comprender eso. Los dos hijos se encuentran « alejados de la casa paterna », uno en razón de su infidelidad y de su debilidad, el otro, minado por la cólera y la amargura. Según las costumbres de la época, el hijo tenía el derecho de pedir su herencia, en vida del padre. El padre debía recibir, a cambio, los intereses producidos por la transferencia al hijo. En este caso, cuando el más joven recibió su parte para malgastarla en tierras lejanas, privaba a su padre de los intereses que tenía que recibir. Este hijo del pecado, por haber llevado una mala vida en país extranjero y sobre todo porque su actitud dejaba entrever que prefería que su padre estuviera muerto ⁹

COMPASIÓN Y SEXUALIDAD

El hermano mayor no era tampoco "buen trigo". Actuaba correctamente, pero por razones oscuras. No tenía alegría ni fiesta en su corazón. Jesús nos pide que no imitemos a ningún hermano. Nos anima a seguir el ejemplo del padre, un hombre lleno de gratitud y abierto a la compasión. La historia del hijo pródigo nos recuerda también que la compasión aparece frecuentemente como un signo de sexualidad integrada. ¿Por qué? Porque el fin social de la soledad, situación necesaria a la vida de castidad, es la compasión. Y su objetivo espiritual, la contemplación.

Finalmente, hay que considerar la vida espiritual en el plan personal y en el comunitario. Dios no nos llama sólo individualmente, sino también en grupo. A algunos eso les plantea dificultades. Amamos a Dios, pero no amamos las instituciones como la Iglesia. Su dimensión humana y su pecado nos dan vergüenza. Y, sin embargo, nuestra búsqueda de Dios debe tener una dimensión comunitaria. Nunca puede ser un proyecto exclusivamente individual. Aceptando la cara humana de la Iglesia, aprendemos a aceptar nuestra propia realidad de modo más pleno.

CONCLUSIÓN

Hemos comenzado estas páginas diciendo que los hombres y las mujeres que han optado por el celibato son personas intensamente espirituales y profundamente humanas. Ahora debemos preguntarnos si esta descripción es adecuada. Lo digo porque algunos piensan que los que viven en castidad son seres naïfs o un poco locos.

A decir verdad, abrazar una vida de célibe comporta una brizna de naïveté y de locura. Naïveté, porque esta opción no tiene éxito en las convenciones sociales. Locura, porque vivir en castidad lleva inexorablemente a un giro del corazón. El filósofo jesuita Bernard Lonergan¹⁰ lo define como "enamorarse de un amor que va más allá de este mundo, un don de sí por amor total y permanente, sin condiciones, matices ni reservas ».

¿Y quién entre nosotros está dispuesto a dejarse convertir de este modo? He aquí el verdadero desafío del celibato. Incluso si nos encuentran o ven naïfs y locos cuando elegimos vivir nuestra sexualidad en la castidad, nos comprometemos a vivirla con pasión, a sentirnos profundamente espirituales y sexuados a la vez. En otras palabras, descubrimos el fuego interior, el amor total por Jesús. Al hacer este redescubrimiento, nos sentimos más en armonía con nosotros mismos y con el Señor, y conocemos y aceptamos mucho mejor los ritmos que el Señor nos indica. Emplear estos términos: « intensamente espiritual y profundamente humano», es la única manera válida de expresar esta elección.

1. SEÁN D. SAMMON, An Undivided Heart: making sense of celibate chastity (Staten Island, NY: House blanche, 1993). Publié en espagnol: Un corazón indiviso –El sentido del celibato (Publicaciones claretianas, Madrid 2003).

- 2. Esta parte sobre la vida espiritual y las que siguen deben mucho al libro de Ronald Rolheiser, *The Holy Longing : the seamh for a Christian spirituality* (NewYork, NY : Doubleday, 1999), pp 3-19.
- 3. TIMOTHY RADCLIFFE, Sing à New Song. : the Christian vocation (Dublin : Dominican Publications, 1999), p.28.
- 4. SEAN SAMMON, It's Morning in America: making sense of contemporary US Religious life.
- 5. GEORGE WEIGEL, « Estrellas espirituales del milenio: 51", *The Tablet*, 23-30 december 2000, ρ.1781.
- 6. THOMAS GREEN, *Drinking from à Dry Well* (Nuestra Señora, Bird Maria Press, 1991).
- 7. ROLHEISER, The Holy Longing, P.32.
- 8. NEIL POSTMAN, Amusing Ourselves to Death: public discourse in the age of show business (New York: Penguin Books, 1985).
- 9. HENRY J.M. NOUWEN, *The Return of the Prodigal Son : a story of homecoming* (Londres : Darton, Longman and Todd, 1992), pp 34 et suiv.
- 10. PATRICIA WITTBERG, *The Rise and Fall of Catholic Religious Orders* (New York : State University Press, 1994), p 128.
- 11. BERNARD LONERGAN, *Method in Theology* (Londres: Herder and Herder, 1972), pp 240ss.

La castidad y los jóvenes

Cómo hablar de la castidad a los jóvenes: jóvenes y novios.

Palabra, 442-443, IV-01 (217)

La explicación de la verdad y el bien en el campo de la sexualidad a los jóvenes incluye una dificultad intrínseca. Así ha sido siempre, por distintas razones. En primer lugar, porque cada persona tiene una distinta sensibilidad, entorno cultural y amistades, que exigen un ritmo y un lenguaje diferentes en cada caso. Segundo, porque la distancia generacional hace que sea bastante difícil hacerse cargo de cuáles son esos entornos de experiencia. En tercer lugar, porque el análisis filosófico y teológico del sentido de la sexualidad es relativamente reciente, y todavía está por desarrollar.

En el momento actual, a las dificultades de siempre se añade una razón más: la

degradación acelerada del ambiente moral -y, en particular, el sexual- hace que los padres y educadores estén muy alejados de la experiencia lingüística y visual de sus interlocutores.

En la mayoría de los casos sucede que las palabras de contenido sexual tienen un significado y unas resonancias afectivas muy diversas en la persona que habla y en la que escucha. De modo que resulta difícil saber cuál es el tipo de lenguaje que se ha de usar en cada caso.

NI VULGARES NI ESTRECHOS

Sería malo emplear un lenguaje que sea percibido como grosero o "guarro", pues escandalizaría al interlocutor y sería contrario al modo correcto de vivir la sexualidad. Pero sería igualmente malo usar un lenguaje que se perciba como pacato o "estrecho", pues haría imposible todo diálogo posterior y transmitiría un doble mensaje implícito, tremendamente dañino: o el sexo es algo sucio de lo que la gente buena no puede

hablar, o el que me habla no controla el tema y me tengo que buscar otras fuentes de información.

La única manera de detectar el tipo de lenguaje adecuado es hacer que el otro hable lo más posible, que diga lo que sabe, lo que ha visto u oído, lo que le inquieta, lo que no entiende o le ha llamado la atención. Así descubriremos cuál es el lenguaje que, para él, es "normal". Porque, cuando hable con nosotros, normalmente no va a utilizar el lenguaje que considera "guarro", sino el que entiende como "normal" y "bueno". Así podremos situamos, rectificar lo necesario y comunicamos adecuadamente.

RESONANCIAS CAMBIANTES

Hay que percatarse de que no es nuestra sensibilidad la que marca el nivel de lo delicado, lo normal y lo grosero, sino la sensibilidad del interlocutor. Las palabras no tienen un significado permanente, sino que van cambiando con el tiempo. Y lo que cambia aún más rápidamente son las resonancias afectivas y las asociaciones implícitas que cada palabra contiene.

Palabras que eran inocentes, adquieren connotaciones morbosas. Y otras, que sonaban a morbosas, han perdido resabios negativos. Estas asociaciones y resonancias, que determinan el nivel "moral" -delicado o grosero- del lenguaje, suceden en el interior de nuestro interlocutor y dependen de cuál sea su entorno.

Lo que se hace o dice habitual y abiertamente en la calle, en la televisión o en la escuela, es percibido -de entrada- como normal y bueno. Y no incluye resonancias afectivas negativas, "guarras" o "poco delicadas". Otra cosa es que sea bueno. Pero, si es malo, habrá que explicarlo con naturalidad y claramente, tal y como ha sido recibido por nuestro interlocutor en su ambiente habitual.

LEYES DE LA COMUNICACIÓN

Sería un error técnico sin arreglo pretender transmitir cómo es y se vive adecuadamente la sexualidad y, a la vez, en ese mismo diálogo, pretender establecer cuál es el tipo de lenguaje que nuestro interlocutor "debe" considerar delicado o grosero. Es imposible alcanzar estas dos metas al mismo tiempo. Y sobre todo: lo que, de hecho, él percibe como normal o grosero, no lo establece nuestro discurso verbal, sino su experiencia vital.

Alguien podría objetar:

-iPero es que el ambiente está muy mal, y no se puede ceder!

Yo le respondería:

-Si, efectivamente, no se puede ceder en vivir con delicadeza la virtud, pero los modos concretos de lo que afecta o no afecta a la sensibilidad y a la virtud cambian de hecho con la experiencia que cada uno posee. Según las distintas sensibilidades, se darán distintos modos de vivir la misma virtud de un modo igualmente delicado.

No aceptar esa realidad trae consigo ineficacia a la hora de transmitir la doctrina y de ayudar a vivir con delicadeza la virtud. Sin darnos cuenta, podría parecer que estamos explicándole cómo moverse elegantemente en una reunión de sociedad, cuando lo que

necesita es aprender cómo agarrarse a las piedras para resistir un viento huracanado.

LO "NORMAL" Y LO "BUENO"

Estamos hablando de una sociedad en la que se vive como normal -y, por tanto, se presenta como normal- un modo degenerado de vivir la sexualidad. Ese modo es el que nuestro interlocutor recibe de entrada como normal y aceptado, lo cual, sobre todo en la infancia, implica que lo considere como bueno. Es cuestión de orden natural. Lo contrario supondría anteponer el juicio propio al de los demás y pretender algo que es simplemente imposible para un chico.

Por eso, cuando la sociedad no ofrece una experiencia adecuada del bien, la formación moral exige mayor profundidad y razonamientos más elaborados. No basta con decir que eso está mal y que "se debe" vivir de otra manera.

La moral católica se basa en la aceptación libre del bien. Y la fe reclama entender, como ha recordado la «Fides et ratio.» Por eso, y

porque otra cosa es un error abocado al fracaso, es necesario razonarles muy a fondo, ya desde que son pequeños, aunque todavía no capten todo el sentido. Las meras recetas terminan manifestándose insuficientes, aunque durante algún tiempo den resultados aparentes.

RAZONAMIENTOS PARA TORPES (O SEA, TODOS)

A la hora de razonar, necesitaremos explicaciones que en otro tiempo no necesitábamos -aunque no nos hubieran venido mal-, porque veíamos el bien hecho vida. Cuando el bien se ve, no requiere razonamientos para ser aceptado.

Nadie necesita hoy en día muchos explicaciones para entender que es malo tener esclavos. No sucedía lo mismo, por ejemplo, en la época del Imperio Romano. Había quienes trataban bien a sus esclavos, y quienes los trataban mal. Pero todos pensaban que era normal tener esclavos. Cuando llegó Jesucristo y empezaron a oír que tener esclavos era malo, muchos romanos buenos no entendían nada. Si se convertían, lo aceptaban por fe, pero no

entendían algo que, ahora, a cualquier ciudadano occidental -aunque sea ateo-, después de siglos de cultura cristiana, le parece elemental, de pura lógica humana: la esclavitud es mala.

Esta simple comparación sirve para situar el actual error cultural respecto de la sexualidad (y de otras cuestiones). Porque lo mismo que les pasaba a los romanos con la esclavitud, le ocurre ahora al ciudadano normal -a nuestro interlocutor- con la sexualidad. No entiende qué es y cómo se vive de verdad. La moral sexual no es una cuestión de fe sobrenatural, es una cuestión de ética humana, como la dignidad y libertad de las personas. Pero la sociedad actual no vive ni expresa la dignidad del amor y de la sexualidad. De ahí que sea necesario razonar lo que en otros tiempos podía ser evidente. Ahora, lo "normal" es no entender la sexualidad, igual que el romano "normal" no entendía que la esclavitud fuera mala.

Considero esencial insistir en que la moral sexual es cuestión humana, no de fe. Requiere ser entendida y razonada con argumentos intelectuales, comprendiendo qué es y cómo se vive la sexualidad, del

mismo modo que se comprende que está mal sacarle un ojo al vecino, y no sólo porque lo diga la Iglesia. Es también importante transmitir el mensaje implícito: si no lo entiendes, no es que tengas un problema de fe, sino, antes que nada, un problema humano: tienes la cabeza mal amueblada y no consigues entender algo que es tan evidente como la maldad de la esclavitud.

ES PECADO, PERO INO PUEDE SER MALO!

Me he encontrado con muchos jóvenes que aceptan la autoridad de la Iglesia y, por tanto, asumen que tal acción sexual es pecado; por eso se confiesan de ello y tienen la experiencia de la alegría de la gracia. Ahora bien, si les preguntas si lo que han cometido es malo en si mismo a nivel humano, te dicen con plena seguridad que no, que cómo va a ser malo si todo el mundo lo hace y lo acepta y, además, es estupendo.

- -Entonces..., no es malo, respondo.
- -No.
- -¿Pero es pecado?

- -Si.
- -¿Te das cuenta de lo que dices? Si no es malo, ¿por qué es pecado?
- -Porque Dios lo prohíbe.
- -O sea que es bueno, pero Dios lo prohíbe.
- -Sí.
- -Entonces Dios es un canalla.

Aparece la cara de perplejidad. Y preguntan:

- -No es posible, ¿verdad?
- -No. Si hacer eso es bueno en el orden humano, no puede ser pecado. O si no, Dios es un canalla por prohibirte algo tan divertido.
- -Entonces no entiendo nada. ¿Por qué es malo? ¿Cómo puede ser malo, si todo el mundo lo hace y dice que es bueno?
- -Si algo es malo es porque estropea algo bueno. Por eso, para entender por qué es malo hay que entender cuál es el bien que estropea.

Es el momento de explicar cuál es el papel y el sentido de la sexualidad en el conjunto de la persona. Sólo explicando lo positivo se entiende el porqué de lo negativo.

Al final, ni siquiera hace falta extraer las conclusiones: las sacan ellos solitos:

-Luego esto que yo hago está mal, porque se estropea esto otro.

DETECTAR QUÉ TECLAS FUNCIONAN

Para que vayan entendiendo es preciso partir de una verdad que sea acepta da por el que comienza a razonar. Y no siempre es fácil saber cómo está la cabeza de quien tiene uno delante y cuál es su experiencia. Hay que ir detectando qué teclas le funcionan y cuáles no. Porque si se toca una melodía pulsando teclas que no funcionan, no suena.

Cada persona necesita razonamientos que partan de bases distintas y sigan caminos diferentes. Depende de cuáles sean los conceptos que uno necesita para construir, y de cuáles sean los que el interlocutor tenga y vaya entendiendo. Mi experiencia es que llegan a entender, lo que no significa que siempre puedan vivir todo de modo in mediato.

MENTALIDAD DE PIONEROS

Entender y asumir esto temas, como otros mucho de la vida cristiana, significa situarse en una posición excéntrica respecto de su mundo, su cultura, su amigos y, a veces, sus padres. Para poder asumir esto, hay que darles un esquema que les permita digerir esa nueva situación. Hay que excusar la realidad de sus padres, de sus amigos, de su cultura de modo que puedan comprender y puedan aceptar.

La única situación mental que lo permite es la de quien se siente pionero «Tengo una verdad nueva que los otros todavía no tienen; les comprendo, rezo por ellos, y poco a poco iremos consiguiendo que esto cale en el ambiente». Un mentalidad parecida a la de un militante de Greenpeace. Como me decía uno «Si vives en cristiano, o te sientes pionero, o te siente idiota»

NOVIAZGO, TIEMPO DE CONOCERSE Y DE SOPESAR LA CALIDAD DEL CARIÑO

El amor humano -sin mayores distincionestiene tres niveles: atracción física, enamoramiento afectivo y amor de entrega.

El amor es más que el enamoramiento, aunque lo suponga. El enamoramiento no es del todo libre: depende de uno mismo, pero a la vez es algo que «te sucede ». Tampoco abarca la integridad de la otra persona, sino sólo sus aspectos que atraen.

El amor de entrega, en cambio, es algo que uno decide asumir con plena libertad. Incluye la total aceptación de la otra persona, también de sus defectos y limitaciones; si no, no se ama de verdad: se ama sólo el propio enamoramiento

El noviazgo es el tiempo en que un hombre y una mujer enamorados se tratan intensamente para conocerse uno a otro en profundidad, en orden a calibrar si pueden asumir un imponente proyecto de vida en común: fundar una familia. En otras palabras, el noviazgo es tiempo de sopesar si el mero enamoramiento de un varón y una mujer da o no lugar a un amor de entrega.

Nunca como en el noviazgo es más necesario mantener el corazón sometido a la cabeza.

Esta lucidez -de importancia vital- lleva a renunciar al matrimonio si se descubre que no hay un amor de entrega-en uno mismo o en la otra persona-, lo que a la larga acarrearía el fracaso y la infelicidad. Entonces, lo obvio será cancelar las relaciones.

Castidad en el noviazgo. «Los novios están llamados a vivir la castidad en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno al otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad». Esto dice el Catecismo de la Iglesia Católica (nº 2.350).

Entre novios, las caricias y besos son manifestación natural del cariño. El núcleo del asunto está en cuidar que el cariño sea auténtico, evitando que una caricia sincera pueda disparar la excitación sexual, que estaría fuera de lugar.

La dinámica de la excitación reclama llegar hasta el final, porque está diseñada por Dios para ser vehículo de expresión y realización de la mutua y total entrega. De ahí que el

único lugar lógico de la excitación sea el matrimonio, la unión conyugal de los esposos, la comunión de amor del único con la única. Buscarla, pues, sólo tiene sentido cabal cuando antes se ha dicho públicamente: «soy tuyo para siempre». Por eso, si se consiente o se busca fuera del contexto del amor matrimonial, se falsea su sentido y se estropea su sabor.

Diez razones para vivir la castidad

Solteros y casados son invitados a vivir la castidad, no teniendo vida sexual activa antes del matrimonio ni fuera de él, respectivamente.

Te presento diez razones para que quieras vivir la castidad:

- 1.Para hacer la voluntad de Dios.
- 2. Para no pecar, y por eso ser feliz.
- 3.Para que no suceda en tu vida un embarazo indeseado. Tú no serás madre ni padre antes de hora;

no tendrás vergüenza de tus padres.

- 4. Porque no habrá enfermedades venéreas en tu vida. Tú nunca vas a transmitir a tus hijos una enfermedad contraída por vía sexual. Nunca vas a transmitirles el sífilis o el SIDA.
- **5.**Porque darás un ejemplo muy importante para el mundo.

Aquellos que critican la castidad lo hacen porque no consiguen vivirla. San Agustín decía que aquel que no consigue vivir la virtud critica a los que la viven, exactamente porque no consigue vivirla.

- **6.**Porque viviendo la castidad canalizarás tus energías para tu desenvolvimiento, tu trabajo, tus estudios, tu apostolado. La castidad hace al joven ser íntegro en su ser.
- 7. Para respetar la persona del otro.

Tú no eres dueño del cuerpo de tu novia, así como tu novia no es dueña de tu cuerpo Sólo el cuerpo de tu esposa te pertenece, aunque eso no signifique que tú puedes hacer de su cuerpo lo que quieras. Como cónyuges, ustedes tienen el derecho a la vida sexual,

porque por la unión de Dios se volvieron una sola carne.

- 8. Para que no haya abortos en tu vida.
- 9. Porque así construirás una familia fuerte y santa.
- 10.Porque aprenderás el dominio de la voluntad, el autocontrol. Muchos casados se separan por causa de la infidelidad de uno o del otro, de la traiciones. ¿Por qué los hombres se doblan delante de las mujeres más jóvenes, más bonitas que las suyas? ¿Por qué las mujeres se encantan con muchachos más jóvenes? ¿Por qué el ser humano ha cedido a sus impulsos carnales? ¡Porque no aprendió a entrenar la propia voluntad, a dominarse, a tener autocontrol!

Es en la vida de soltero que se hace el ejercicio de la castidad y se entrena el dominio de sí mismo. El libro de los proverbios dice:

"Es mejor el paciente que el valiente, quien se domina a si mismo vale más que el conquistador de ciudades" (Prov 16, 32).

Tal vez sea más fácil construir una ciudad, pero es mucho más difícil dominarse a sí mismo. El joven que hace el ejercicio de la castidad ejercita el autocontrol.

Será un padre, un esposo fiel a su esposa. Cree en esto.

Prof. Felipe Aquino

Del libro "La cura de nuestra afectividad y sexualidad" Para respetar la persona del otro.

Consejos generales para vivir la castidad

Marcelo Bravo Pereira 04-02-2009

CAMINEO.INFO.- La castidad es uno de los votos que profesan los religiosos y los consagrados dentro de la Iglesia, además de los votos de pobreza y obediencia. Con estos votos, los religiosos y consagrados (sacerdotes, hermanos, monjas, laicos consagrados) expresan públicamente que quieren ser totalmente de Dios y que están dispuestos —por el Reino de los Cielos—a renunciar a las tres dimensiones fundamentales de la existencia humana como son el deseo de perpetuarse en una familia, actuar autónoma e independientemente y poseer bienes propios.

Sin embargo, estos votos sólo se entienden a la luz de Cristo y de la novedad de vida que Cristo nos vino a traer. Jesucristo es el religioso por excelencia: Él está totalmente dedicado –consagrado– a las cosas del Padre y su único deseo es que Dios sea conocido, amado y alabado por los hombres, sin otra posesión, sin otro deseo que no sea el Reino de Dios.

Ahora bien, la castidad no es sólo un voto, es decir, una promesa solemne. La castidad es una realidad que atañe a todos los hombres y mujeres, porque es la virtud que regula el uso adecuado y responsable de la sexualidad y de la afectividad. Y esto nos toca a todos. Un religioso vivirá esta virtud en un modo concreto y según unas exigencias diversas del soltero o de las personas unidas en matrimonio. Pero todos estamos llamados a ejercitarnos en la virtud de la castidad. Existe una castidad del religioso, una castidad del soltero y una castidad del casado. Los consejos que se ofrecen a continuación valen en mayor o menor medida para todos. Toca a cada cual hacer la adaptación para la propia vida.

Los consejos generales para vivir la castidad son cinco: orden, conciencia, aprecio, fomento y cuidado. Expresaré los consejos del modo más esquemático posible.

Primer consejo: el orden

Para vivir la castidad –tanto en el celibato como en el matrimonio– es necesario el orden en la propia vida. Ahora bien, hay diversos tipos de orden:

Orden "teológico": primero Dios, después las criaturas. El mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas está dirigido a todos los hombres y no sólo a los religiosos. El amor a Dios ha de ser la principal preocupación de la vida. Esto significa no anteponer nada al amor de Dios: la Voluntad de Dios está antes

que mi propia voluntad; el Plan de Dios sobre mi vida antes que mis planes personales; primero las cosas de Dios que mis cosas. Primero Dios y después los amigos; primero el domingo y después los demás días de la semana. Vivir constantemente en su presencia, buscando pequeños pero significativos actos de amor a Dios. En el fondo, la vida de todo hombre es una búsqueda de Dios.

Orden "vertical": primero el cielo y después la tierra. Por lo tanto, hemos de aspirar al cielo con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Por culpa del marxismo, del consumismo y de otras ideologías terrenas, nos hemos olvidado de pensar en el cielo como una realidad cierta que nos espera. Estamos demasiado preocupados por nuestro éxito temporal, demasiado copados por compromisos mundanos, demasiado comprometidos con quehaceres meramente circunstanciales, queremos a toda costa disfrutar de esta tierra... y nos olvidamos de que esta vida es sólo un preludio de la vida verdadera. La vida es un punto en medio de la eternidad. Esto no significa despreciar las cosas buenas que ofrece la vida, sino "ordenar" todo al cielo, que es nuestro único destino. Hemos sido creados para el cielo. La castidad sólo se entiende a la luz de la eternidad. Hay una expresión latina que reza: "quid hoc ad aeternitatem", ¿qué es todo esto a la luz de la eternidad? ¿Qué son los placeres indignos y momentáneos a la luz de la eternidad? En conclusión: "Sólo Dios es Dios. Lo demás es 'lo de menos". Orden "temporal": es necesario tener un orden en el uso de nuestro tiempo. Tener muchas cosas interesantes que hacer: oración, trabajo, comidas, merecido

descanso, intereses personales... La ociosidad es la madre de todos los vicios, y nuestra sociedad actual es especialista en ofrecer toda clase de salidas frívolas y raquíticas a la ociosidad. En concreto: si es necesario entrar en Internet, que sea sólo para lo que hay que hacer y no andar "navegando" a ver "qué veo", perdiendo miserablemente el tiempo y poniendo en riesgo la castidad. Por lo demás, esta vida es para construir algo que nos podamos llevar al más allá, al cielo. Empeñemos pues nuestra vida, no en vanidades y caprichos efímeros, cuanto menos en pecado y desenfreno, sino en grandes proyectos al servicio de los demás.

Orden "interior": la persona humana es un "espíritu encarnado", es una especie muy extraña en la creación. No es un ángel, pero tampoco una bestia. Es un ser "multidimensional": tiene razón y voluntad, libertad, sentimientos, potencias y pasiones, etc. En esta diversidad humana hay una jerarquía, un orden en las dimensiones. En primer lugar, como dimensión rectora, está la razón iluminada e instruida por la fe. La razón debe regir a todas las demás pasiones y potencias. La virtud de la castidad es una disposición de la voluntad que nos lleva a actuar según los dictámenes de la razón en cuanto al uso ordenado de las potencias sexuales y afectivas. La castidad no significa en primer lugar represión, sino "promoción ordenada" y "moderación razonable" y es la razón, abierta a la Voluntad de Dios, la que indica cuándo se tiene que promover y cuándo se tiene que moderar.

Orden "afectivo": si el primer mandamiento dice amar a Dios, éste se debe unir al "amar al prójimo como a sí

mismo". Ahora bien, también hay un orden en el "amor al prójimo". Hay un orden en cuanto a las personas y un orden en cuanto a las manifestaciones del amor. En primer lugar debo amar a aquellos que están más próximos a mí: mi familia, mi mujer y mis hijos (si estoy casado), mis padres, mis amigos, etc. En segundo lugar, mi afecto se debe regir por este orden: las manifestaciones del amor entre esposos son específicas y difieren en cuanto al modo en las manifestaciones de amor entre hermanos y entre amigos. Este orden se debe establecer también en relación con el estado de vida que se ha escogido: si soy sacerdote, mi trato con las personas estará marcado por la consagración que he hecho de mi vida y de mi cuerpo al único amor de Cristo, lo mismo ocurre con una religiosa. Quien está casado tiene que comportarse con las personas de otro sexo, no como quien está buscando pareja, o como quien quiere "romper corazones", sino como quien está comprometido a un amor exclusivo que ha de durar toda la vida. El joven debe comportarse con su novia de un modo diverso que el marido con su mujer, precisamente porque es novio y no esposo.

Segundo consejo: Conciencia

Tenemos que saber qué es bueno y qué es malo, "llamar al pan, pan y al vino, vino", y estar convencidos de que seguir la conciencia rectamente formada es lo mejor para nosotros. La conciencia es un faro que ilumina la vida. Puede ser que no siempre tenga la fuerza para seguirla, pero el faro estará siempre allí avisándome de lo que debo hacer, y exigiéndome fidelidad. En el cultivo de la virtud de la castidad esto es esencial.

A causa de las modas imperantes y del desenfreno moral, que se eleva a ideal de vida, sentimos en nuestro corazón la dificultad de vivir la castidad. Esta dificultad real puede llevarnos a considerar que no vale la pena luchar, que es mejor vivir "feliz" según los criterios del mundo que seguir a un Dios desconocido que nos "impone" reprimir nuestros impulsos espontáneos. Es decir, la pasión nos puede llevar a justificar los actos desordenados. Es aquí donde la conciencia tiene que ser faro y decir lo que es bueno y lo que no es bueno. Mientras no se corrompa la conciencia, siempre es posible corregir y superarse.

Aquí tenemos que ser muy honestos: ¿conozco la ley moral? ¿Conozco qué es lo que Dios me pide en cuanto soltero? ¿Quiero seguir mi conciencia o prefiero amordazarla, engañándome a mí mismo con sofismas? Es preciso recordar aquí el adagio: "el que no vive como piensa, termina pensando como vive"; es decir, si traicionamos la voz de la conciencia -que no es otra que la voz de Dios que habla desde el interior- acabaremos por justificar lo injustificable, haciendo pasar hasta "un camello por el ojo de una aguja" (cf. Mt. 19,24). Para formar la conciencia hay que acudir a los maestros que realmente nos puedan instruir en la verdad. Los medios de comunicación -grandes formadores (o deformadores) de la opinión pública- no son, la mayoría de los casos, buenos consejeros. Ellos son muchas veces los principales promotores de la cultura imperante. Acudamos más bien a personas instruidas y sensatas que puedan ayudarnos, corregirnos, decirnos las cosas claras, sin "dorar la píldora". Acudamos sobre todo a la Palabra de Dios. Repitamos muchas veces el salmo 119: "Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero".

Tercer consejo: Aprecio

- 1. Aprecio por la virtud en general. Vivimos en una sociedad de mínimos: ¿Qué es lo mínimo que tengo que hacer para divertirme sin pecar? ¿Qué es lo mínimo que tengo que hacer para hacer lo que me pega la gana sin traicionar la conciencia? No. El cristianismo no puede vivir de mínimos. Muchas veces en la sociedad civil nos podemos regir por la moral de lo mínimo: ¿cuánto es lo mínimo que tengo que pagar con los impuestos? Nunca iré a hacer la declaración de hacienda, diciendo: "oiga, le doy más de lo que me pide porque veo que es necesario para tapar los agujeros de la carretera". Más bien actúo así: si tengo que trabajar seis horas al día, trabajo seis horas y basta. Esto es lo mínimo que tengo que hacer. Esto puede valer para la sociedad civil. Pero no vale para quien se declara discípulo de Jesucristo. Veamos su ejemplo: Cristo no hizo lo mínimo para salvarnos, hubiera sido un redentor bastante raquítico. No. Por el contrario, Él entregó toda su sangre por cada uno de nosotros. En el evangelio de san Juan está escrito: "Habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo" (Jn. 13,1), y ese extremo fue la pasión, la cruz, la muerte y la resurrección. El modelo del cristiano – y su vía de auténtica felicidad - es Cristo y no el "fresco" dandy que se la pasa disfrutando haciendo slalom con las normas, sacándoles la vuelta.
- 2. Aprecio por la virtud de la castidad. La castidad es una virtud austera, que exige renuncia y en cuanto tal, es difícil de practicar. A muchos parece imposible de vivir e incluso nociva. Pero tenemos que fijarnos en la

dimensión positiva de la castidad: es decir, la entrega del corazón a Jesucristo y el orden en el ejercicio de la sexualidad. En cuanto cristiano – soltero, casado y, cuanto más religioso o sacerdote – mi corazón pertenece a Cristo. En cuanto hombre cabal, debo someter mi pasión sexual al imperio de la razón, pues es más hombre quien controla sus pasiones que el que se deja dominar por ellas.

Apreciar la virtud de la castidad es verla como un ideal por el cual vale la pena luchar: sea que tenga intención de casarme, el ideal de poder llegar al matrimonio con un corazón limpio, que ha sabido ser fiel al amor de su vida y que sabrá en el matrimonio subordinar el sexo al amor espiritual. Sea que opte por la castidad "por el Reino de los Cielos" (Mt. 19,12). Sea incluso en el caso de que uno no logre casarse y se vea obligado a vivir en castidad en razón de las circunstancias.

En este caso es necesario "hacer de la necesidad virtud"; es decir, el no poder casarse no es el peor mal de la vida, que habría de conducir al célibe fatalmente a la pérdida del sentido de la vida, al fracaso y a la frustración existencial. Esto no es así. Si Cristo y María, su Madre castísima, vivieron el ideal de la virginidad, sería un absurdo creer que la castidad es una desgracia en la vida. Tantos santos, tantos hombres de bien han optado libremente o a causa de las circunstancias a vivir la castidad, y su vida ha sido un camino de realización plena.

3. Aprecio por la belleza del amor humano: quienes viven la castidad por el Reino de los Cielos, no lo hacen por deporte o porque tengan una visión negativa del amor humano. El religioso o la consagrada no han

dejado algo malo (el matrimonio y lo que ello conlleva) por algo bueno (la castidad en sí misma, considerada como fin y no como medio). No. Vivir la castidad consagrada es renunciar a algo bueno y santo, por algo mejor: el amor y la donación total a Jesucristo. El uso de la sexualidad dentro del matrimonio no es un pecado, sino que ha sido creado por Dios para que dos personas puedan manifestarse el amor en la donación íntima del propio cuerpo, y abiertos a la llegada de los hijos. La virtud de la castidad lleva a los esposos a hacer del acto conyugal un auténtico acto de caridad sobrenatural. Si una persona viviera la castidad como rechazo y desprecio de la dimensión sexual del amor, no sería una persona virtuosa, sino todo lo contrario.

Cuarto consejo: Fomento

Si realmente tengo aprecio sincero por algo, busco incrementarlo. Si tengo un negocio que me está dando ganancias, invierto para que me dé todavía más ganancias. No lo abandono, no me despreocupo de él. Es la ley del éxito de una empresa. Pasa exactamente lo mismo con la castidad. He dicho que la castidad es una virtud no sólo para los religiosos o monjas (que se comprometen bajo voto público), sino para todo cristiano – para todo ser humano digno – sea célibe o casado. Fomentar la castidad es promover todo lo que sea la consideración de la belleza del amor. ¿Qué significa esto?

1. Llenar el corazón de nobles ideales. Desear ser como Cristo que – como dice san Pedro – pasó haciendo el bien (cf. Hch. 10,38). ¿Qué más puedo hacer? Esta ha de ser nuestra pregunta cotidiana.

2. Lecturas que nos ayuden a vivir la virtud. No se trata de leer libros sobre la castidad, sino leer mucho sobre la vida cristiana. Sobre todo la lectura de la vida de santos es un estímulo. Leyendo las vidas de santos sentimos cómo nuestro corazón se llena de deseos de imitación, pues ellos son hombres como nosotros y tuvieron que luchar como nosotros para alcanzar las virtudes.

3. Vida de Sacramentos:

La confesión como un encuentro íntimo con la misericordia de Dios. Si supiéramos qué misterio subyace al sacramento de la penitencia, seríamos asiduos clientes del sacerdote. Confesarnos cuando hemos caído es importante, pues en la confesión recibimos la gracia perdida y volvemos a ser hijos amados de Dios. ¡Cuánto gozo habrá sentido el joven rico cuando su Padre lo estrechó entre sus brazos! (cf. Lc. 15). Si no hemos pecado gravemente y sólo tenemos pecados veniales, la confesión nos da un incremento de gracia y la fuerza para ser fiel a nuestros ideales cristianos. Además, la confesión es un gimnasio de humildad: sin Dios no podemos ser fieles, no podemos ser castos, ni en el matrimonio ni en la vida consagrada...

Eucaristía: el Pan Purísimo bajado del cielo. Recibir frecuentemente a Cristo Eucaristía será un estímulo para mantener el corazón limpio de impurezas y pecados. Cultivo de las virtudes teologales, en especial de la virtud de la esperanza. ¿Qué significa la esperanza? Es la certeza, que me viene de la fe, de que Dios va a ser fiel a sus promesas y me dará el cielo. Lo dice san Pablo: "los sufrimientos del tiempo presente no son

comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros" (Rm 8,18). Si yo me esfuerzo por vivir castamente, aunque sea difícil, aunque signifique renunciar a mi "modus vivendi", aunque signifique cruz y abnegación, estoy dispuesto a luchar porque sé – tengo absoluta certeza – de que Jesús, que subió al cielo para prepararme una morada, está reservándome un tesoro en el cielo.

Quinto consejo: Cuidado

Esto es de sentido común. Huir de las ocasiones de caída. De acuerdo con san Francisco de Sales (citado en el libro de J. Tissot, "El arte de aprovechar nuestras faltas") hay dos tentaciones que se vencen huyendo: las tentaciones contra la fe y las tentaciones contra la castidad. Si yo sé que ciertas compañías, que ciertos ambientes, que ciertas personas pueden hacerme naufragar, ¿para qué hacerme el "inocente" y creer que no pasa nada? Esto, sin embargo, sólo se entiende a la luz de los primeros principios vistos arriba: si yo aprecio el don de un corazón puro, si yo sé que todo es relativo de cara a la eternidad, entonces voy a actuar en consecuencia. No me voy a exponer a perder la gracia de Dios, que es lo más grande que poseo. En concreto:

1. Cuidar los ambientes: siempre será mejor no frecuentar aquellos lugares en donde sabemos que pueden naufragar los propósitos de fidelidad. Hay algunos lugares que en sí mismos son pecaminosos. No se debe acudir a espectáculos o casas en donde se fomente el vicio. Esto es obvio. Hay otros lugares que serán peligrosos, no en sí mismos, sino de acuerdo con la propia sensibilidad o con la situación existencial en la que se vive. El criterio fundamental para discernir es la

- honestidad: "yo sé que acudir a esta fiesta me causa problemas... pues no acudo, hago otra cosa". En la medida de lo posible habría que evitar esos ambientes, aunque no siempre sea posible.
- 2. Cuidado de la vista: todo lo que entra por los ojos penetra en el corazón. A veces nos angustiamos por las tentaciones que nos azotan y nos preguntamos por qué no podemos ser fieles y puros como ángeles, por qué tenemos que luchar contra las mismas caídas, los mismos pecados, etc. Preguntémonos más bien: ¿qué miro? ¿A dónde se me van los ojos? ¿Dónde se fija mi mirada cuando miro a una mujer o a un hombre? ¿En qué "región" de la "geografía humana" se detienen mis ojos? Es necesario, por tanto, disciplinar nuestra mirada para fijarla sólo en aquello que vale la pena. En concreto: Evitar siempre la pornografía. El cuerpo humano en sí mismo considerado es bello, sea femenino o masculino, porque ha sido creado por Dios. Cuando Dios creó a Adán y Eva, el escritor sagrado escribe: "Y Dios vio que era muy bueno". Un ojo puro no pone maldad donde no la hay. Por el contrario, la pornografía busca siempre la excitación de las pasiones, las más de las veces por motivos económicos, utilizando a las personas como objeto de deleite sexual. El cuerpo del "otro" es siempre y sólo sujeto, nunca objeto.

Hoy en día el acceso a la pornografía es sumamente fácil: basta abrir Internet para encontrar todo tipo de imágenes eróticas. Aun cuando se proteja el acceso a través de un filtro – que siempre es recomendable –, es fácil que se cuelen las imágenes, a veces en páginas que nada tienen que ver con el erotismo. En muchos

portales, entre el amplio espectro de accesos, no puede faltar nunca el link para "mayores de edad".

Cuidado con la vista en la contemplación de personas de otro sexo. Hay sujetos que cuando ven pasar a una mujer hacen todo un análisis de geografía humana. Esta falta de control lleva después a llenar el corazón de "toxinas espirituales", a crear una mentalidad que se detiene sólo en el cuerpo del otro, sin atender al corazón.

3. Cuidado del tacto:

Atención a las manifestaciones de afecto demasiado íntimas que podrían llevar a faltar a la castidad. Vale aquí la expresión del P. Jorge Loring sobre el baile: ciertamente importa la intención del sujeto, también la intención de la sujeta, pero sobre todo importa "cómo el sujeto sujete a la sujeta". En el matrimonio hay una donación de alma y de cuerpo, por lo que el cuerpo ya no pertenece a sí sino a otra persona. Es una donación mutua y es una posesión determinada sólo por el amor y jamás por el dominio, precisamente porque no se trata sólo de un cuerpo, sino de un cuerpo espiritualizado. Por ello, "tocar" el cuerpo de la otra persona, sobre todo sus partes íntimas, es hacer un abuso, pues esta posibilidad compete sólo a su "dueño", es decir, al esposo o a la esposa.

El cuidado del tacto se refiere también al propio cuerpo. Desde el punto de vista de la fe, mi cuerpo es templo del Espíritu y, por la gracia, la Santísima Trinidad habita en mi cuerpo como en un templo. El cristiano no desprecia el cuerpo y la sexualidad, sino todo lo contrario. Es tal la dignidad de mi cuerpo – templo de la Santísima Trinidad – que tengo que esmerarme por

mantenerlo digno y "ordenado". Esto significa que el propio cuerpo se debe tocar con respeto y no desordenadamente. Tocarse sólo por motivos higiénicos, para asearlo y poco más.

Cuidado de las personas: no hemos de ser ingenuos en el tema de la castidad. No todos piensan que la continencia sexual es un bien deseable. Se podría decir que sólo una mínima parte de los hombres y mujeres de hoy ven con buenos ojos la castidad. Quien quiere ser célibe tiene que luchar constantemente contra las trampas y asechanzas que otros pondrán a la vivencia de la virtud. Habrá personas que rechazarán nuestro deseo de castidad porque este testimonio les hiere profundamente. Por lo tanto:

Atento a los amigos que ridiculizarán nuestros propósitos y nos invitarán a transgredir la norma moral, a echar "una cana al aire". Es necesario ser firmes en las propias convicciones y perseverar. Cuando vean que somos inflexibles, nos dejarán en paz.

Atención a aquella persona que se me cruzará en el camino. Si yo ya soy casado, la castidad me llevará a evitar el trato demasiado íntimo con quien no me has comprometido de por vida. Ya lo dice el refrán: "el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla". Simplemente no te acerques al fuego. Si soy consagrado, vale lo mismo. El orden sacerdotal o los votos religiosos no quitan las tendencias, no convierten al hombre en ángel: hay que vigilar y no exponerse a la tentación manteniendo un trato afectivo poco conveniente con personas de otro sexo. El sacerdote no debería estar abrazando o besando a mujeres, por muy "santo" que éste sea y por muy piadosa que sea la

"feligresa", y lo mismo dígase de la religiosa o monja. Porque de una relación puramente espiritual se puede llegar a situaciones lamentables por falta de cuidado. La recomendación de origen agustiniano vale para todos: "el amor espiritual conduce al afectuoso, el amor afectuoso conduce al obsequioso, el obsequioso al familiar y el familiar conduce al amor carnal.

4. Cuidado con los pensamientos

Finalmente, para proteger la castidad, tengo que velar sobre mis pensamientos. La imaginación es la "loca de la casa" como decía santa Teresa. La divagación mental, el desorden interior, lleva muchas veces indefectiblemente a los pensamientos impuros. Ahora bien, dado que vivimos en una sociedad en la que casi todo nos habla de sexo, podemos sufrir los embates de la cultura imperante y ser golpeados por imágenes, recuerdos, imaginaciones, deseos bajos, etc.

A veces estos pensamientos pueden ser muy insistentes. Aquí la solución es la sugerida un poco más arriba: estas tentaciones se vencen huyendo. Más que reprimir esos pensamientos, tenemos que distraerlos e ignorarlos. Ocurre como cuando nos asaltan las moscas un día de calor. Rondan las moscas, por la cara, las manos, de nuevo la cara, la nariz, la cabeza y de nuevo la cara... Uno normalmente no entra en crisis existencial porque le fastidia una mosca. Si lo que hago copa mi atención, espantaré a las moscas sin darle mayor importancia. Así también cuanto nos asalten las imaginaciones impuras: distraernos con algo que nos guste. Muchas veces no será algo espiritual. Puede ser el fútbol, el deporte, repasar los estudios, hacer ecuaciones

matemáticas, etc. Lo que sea, con tal de que sea honesto y nos distraiga de los pensamientos impuros. La castidad no es una virtud de ángeles, sino de hombres. No desnaturaliza a la persona, sino que encauza las tendencias para que el ejercicio de las mismas conduzca al verdadero bien del hombre. La castidad no es una virtud sólo de los consagrados, sino un modo de vivir de todo cristiano y de todo hombre cabal. No es más feliz quien rechaza la castidad, sino quien la vive de acuerdo con su estado de vida. Llevada -a veces sufrida- con sentido sobrenatural es fuente de amor y de entrega generosa. El hombre casto, la mujer casta, cuando viven la castidad "en cristiano", alcanzan la plenitud del amor, porque la castidad no es otra cosa que el amor, vivido con totalidad. Vale la pena, pues, ser castos, ya sea en el matrimonio, ya sea en la vida consagrada, ya sea en el noviazgo... La castidad es la virtud que integra la sexualidad en el grande horizonte del amor verdadero que tiende a Dios como Objeto y fin último, y que permite amar al prójimo ordenadamente, como a uno mismo, e incluso mejor: como Cristo nos amó